

á Enrique IV los escándalos de su vida y de su corte acrecentar los seguros del viaje y del viajero por mar; á los reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel tantas dificultades encontradas en los comienzos de su reinado llevar el quinto de las mercerías rescatadas en Guinea, como de tierra suya, sostener con sus naos la navegación en Sierra Leona, facilitar los cambios continuos del tráfico y los esfuerzos de la explotación en Mina de Oro, prelu-diando así con toda esta serie de seculares continuos esfuerzos creadores nuestra patria la obra capital de su historia, el desentrañamiento de los secretos del Océano, la revelación material á todas las edades de la redondez del planeta: obra parecida, por su grandeza incalculable y por su trascendencia virtual, á la divina creación. Estaba, pues, en la lógica de todos nuestros hechos históricos; estaba en la suma de los antecedentes castellanos; estaba en el seno de las obras hechas por los siglos; estaba en la índole temeraria de nuestra complexión conocida y en las exigencias múltiples de nuestra situación geográfica, el que así como los egipcios esclarecieron y guiaron á los hebreos y á los fenicios; así como los fenicios esclarecieron á los griegos y fundaron Cartago; así como los griegos esclarecieron á los latinos de Roma y los cartagineses fundaron tantas ciudades ilustres en las costas de nuestra España; así como los latinos domaron á helvecios, britanos, bátavos, germanos; España, sita en los últimos confines del ocaso europeo, y dotada con una gran civilización, escudriñase la mar toda y revelara todo el planeta. Y como estaba en todo nuestro sér y en toda

nuestra historia el cumplimiento de tamaño destino, llegó al momento propio, el revelador, Cristóbal Colón, á nuestro elegido y predestinado suelo.

Tal vez, por tales sentimientos aguijoneado, se fijó en Sevilla mucho tiempo. La venida resuelta de Colón á España y su estancia entre nosotros, hanse por tal manera esmaltado en la sucesión de los tiempos con fábulas más ó menos provinientes de la verdad real, que dificultan mucho una relación ingenua y sencilla y verdadera de lo averiguado como exacto. Paréceles á la mayor parte de los historiadores que la verdad achica el interés dramático de una biografía ilustre, necesitada para su lucimiento de varios y espléndidos fantaseos. Así exageran allende lo verdadero mil contradicciones por Colón sufridas, y acibaran adrede sus amargos y acerbísimos sinsabores con minucias trágicas de melodrama romántico. Harto padeció con el desconocimiento de su propia patria; con el despego que acaso encontró en ciudad tan ilustre como Venecia; con las fechorías del rey D. Juan II en Lisboa; con los viajes á Islandia y á Guinea, demostrativos del acierto en sus pronósticos, é inútiles al común de las gentes, aferradas á sus tradicionales errores; con las pruebas conseguidas á diario por su perseverancia y la ceguera espesísima de todos alrededor suyo; para que añadamos á estos sinsabores una miseria tan grande que le veamos tender la mano como un pordiosero, de puerta en puerta, y dejar sus hijos, ya criados, como si fueran míseros expósitos, al amparo de cualquier establecimiento de caridad ó penitencia. Desconocido estaba Colón, des-

conocidísimo, si atendemos al mérito intrínseco de su inteligencia y al mérito, sobrenatural casi, de su obra; pero, no tanto que cayera en estado y condición de mendigo y necesitado la pública beneficencia. Mucho ganaría en esmaltes poéticos la vida suya, de aparecer cual un Bautista en el desierto, vestido como los lirios del valle, con una túnica que le hubieran tejido fibras campestres; alimentado como las aves del cielo, con las semillas que hubieran llevado á sus labios los elementos; parecido á los profetas y á los penitentes, que sacaban de su maceración y de su miseria las revelaciones, cuyos rayos esclarecían y guiaban á los pueblos. Colón pasa algunas veces por pobreza confinante con la condición de un pordiosero; mas vivió mucho tiempo de sus viajes y de los trabajos relacionados con su oficio. El desconocimiento de su mérito no llegó jamás á menosprecio de su persona. Durante su permanencia en Portugal pudo emprender sendos viajes á la zona tórrida y á la zona glacial; enlazarse con familias tan ilustres como la familia de su mujer; dirigirse á sabios del carácter y del entendimiento de Toscanelli; estudiar en el archipiélago de las Azores y en el paraíso de Madera los descubrimientos lusitanos; instruir la madurez de su vida en las relaciones entre las ciencias náuticas y las ciencias astronómicas, descubiertas por las escuelas de los Algarves y comprobadas por nuestros astrolabios; vivir expendiendo mapas é instrumentos científicos; tratar con el Rey de Portugal en muchas ocasiones y hasta contraer deudas entre sus numerosos amigos: por consecuencia, no hay que juzgarlo á guisa de trovador antiguo,

requiriendo de puerta en puerta el alimento diario y dejando tras sí el vapor de sus lágrimas y el eco de sus ayes. Pudo la leyenda, que todos hemos aprendido en versos y discursos, convertir en pordiosero al pobre, que pordioseó alguna vez por accidentes sabidos, en su necesidad, pero no constituyó esta desgracia en él una definitiva condición y una real naturaleza. Que atraía los espíritus, que fijaba la general atención, que difundía efluvios reveladores de su mérito, se demuestra con sólo considerar cuántas veces los poderes públicos habían examinado proyectos, los cuales creen muchos recibidos y pagados tan sólo con despreciativas carcajadas. Ahora, oponía el plan de Colón tan grande número de ideas nuevas al sentido común de su tiempo, que no deben maravillarnos hoy ni las repugnancias ni las resistencias, también opuestas, en estos días de saber positivo, á inventores tan útiles como los que pusieron el vapor en las naves, á comienzos del siglo nuestro, desconocidos y aun rechazados muchas veces en los varios incidentes de sus múltiples trabajos. Colón debía tener mucha seguridad de su mérito, y granjearse por este mérito mucha estima, cuando se fué á Lisboa y pudo llegar hasta el Consejo de los Reyes portugueses; se vino á Sevilla y pudo llegar hasta la corte de los magnates andaluces. No, no podía estar por tal modo ignorado y desconocido, como suponen la tradición y la leyenda, quien contaba en la ciudad, cabeza del territorio andaluz entonces, valedores bastante fuertes y poderosos para conducirlo y acreditarlo en palacios como los que habitaban el Duque de Medina-Sidonia y el Duque

de Medinaceli, ambos á dos ricoshombres, elevados por lo antiguo de su prosapia, por lo rico de sus dominios, por lo noble de su sangre, por lo esclarecido de sus servicios, por el número de sus lanzas y castillos, á las alturas del trono, sobre cuyas cumbres á una proyectaban sombras oscuras sus respectivas coronadas cimbras. Muy esparcidos los italianos en su gloriosísima centuria décima-quinta por todas las grandes ciudades europeas de Occidente, y muy acreditados por sus artes y por sus ciencias entre las personas de pro, valían en Sevilla como valían en Lisboa. Y así como una carta del italiano Gherardi le valió á Colón en Lisboa granjearse la epístola célebre de Toscanelli, que tanto le prosperara y le sirviera, otra carta del florentino Berardi, gerente de una gran casa mercantil en Sevilla, y la influencia de los hermanos Geraldinis, príncipes eclesiásticos, le abrieron las puertas del palacio que habitaba en la capital el Duque de Medina Sidonia y del palacio que habitaba en la bahía de Cádiz el Duque de Medinaceli, magnate de sangre real este último, nunca mezclada con la impura y bastarda de los Trastamaras, como lo estaba la sangre de los reyes castellanos; y aquel otro, el primero, generalísimo de numerosas mesnadas, competidoras con los ejércitos reales.

¿Quién pudiera fingirse allá en la imaginación Sevilla, cuando arribara el piloto genovés á su seno por los últimos años del siglo décimoquinto? Aquello que hay eterno en el espacio donde se alza la ciudad, resplandecería como siempre con su hermosura inmortal; pero miles de circunstancias propias de tal período histórico acrecentaban

su animación y su vida. Dejemos, pues, á un lado la dulzura del clima, la pureza del cielo, su aire aromadísimo por azahares y jazmines; el eco de las guzlas moriscas en sus serenatas voluptuosas; los cristalinos serpenteos de aquel río á quien los árabes comparaban en sus elegías con los más caudalosos del Oriente; las torres almohades ornadas de multicolores azulejos parecidos á oro puro mezclado con rica pedrería; la Giralda, de tan bella forma y de tan aéreos alicatados; las iglesias en que los hábiles mudéjares ponían su destreza en el embutido y en el almohadillado alrededor de nuestras imágenes; la catedral elevando á lo infinito su fábrica, ya casi acabada; los palacios construídos por alarifes milagrosos, donde las estatuas antiguas recién descubiertas y las modernas recién concluídas llenaban las galerías de corte asiático; los patios de mármol parecidos á grutas de amor con el rumor de los surtidores y de los conciertos resonando noche y día; los ajimeces festoneados por las guirnaldas compuestas de alejandrinas rosas; los alminares en que la campana sustituía la voz del muecín; aquel alcázar henchido de poesía; los jardines llenos de limoneros y cedros; los bosques por claros pinares y oscuros olivos compuestos; las puertas de alerce maqueadas con estrellas de marfil; el cinto de muros esmaltados á guisa de rojos corales por el éter andaluz; tanto resplandor de belleza; y fijémonos en las ideas y en los intereses allí concentrados entonces á consecuencia de su capitalidad sobre los espacios, donde á la sazón se libraba la última guerra con los moros, y sobre las posesiones nuevas que acababan de

traernos el definitivo dominio de las Canarias y las exploraciones en el golfo de Guinea y en el Río de Oro, que la llenaban de guerreros, de gentileshombres, de cortesanos, de sabios, de mercaderes, de navegantes, de muy concurridas escuelas, de muy completas factorías, constituyendo así una concentración tan intensa de ideas y de valores, que debían despertar en Colón múltiples ambiciones y aguijonearle al cumplimiento de sus varios y complicados proyectos, en cuyo seno se ocultaban tierras nuevas y nuevos cielos, otra maravillosísima y milagrosa creación. La fantasía del sublime adivinador exaltaríase al aroma de tantas ideas poéticas en aquel mar de inspiraciones vívidas; el camino soñado á la continua se aclararía con el constante cruce de naves llegadas al pie de la Giralda, y venidas desde muy cerca de los puntos que los supersticiosos creían inhabitables. El comercio y cambio activos de tantos productos como circulaban entonces desde sus almacenes, provistos por las industrias españolas, en todas direcciones; la copia en cosechas é industrias de seda; los artefactos inventados para la elevación de aguas con grandes premios del Estado retribuídos; las casas particulares de contratación, en que intervenían hombres como el italiano Américo Vespucio; las cátedras y enseñanza de cosmografía y náutica; los adelantos que se hacían en las bombas de desagüe y hasta en la dulcificación de aguas marinas, debían mucho y muy de veras contribuir á los consumados y profundos experimentos con que completaba Colón todas aquellas rápidas intuiciones provinientes de unas facultades nativas

muy capaces de alimentar sus numerosas y adivinas esperanzas. Así, el período de vida pasado por el descubridor, tras una larga estancia en Córdoba, por los senos de la incomparable Sevilla, debieron servir mucho á sus planes y proyectos, prosperados y engrandecidos por tantos factores de ciencia é industria como contaba una ciudad que sólo podía tener una rival en Occidente, la espléndida Lisboa. Y en lo que primero Sevilla sirvió á sus planes, fué, no lo dudemos, en haberle procurado el conocimiento y trato de ricos banqueros italianos muy poderosos, los cuales, por su parte y á su vez, le procuraron el afecto amistosísimo de magnates como el Duque de Medina-Sidonia y el Duque de Medinaceli, quienes, más ó menos interesados uno y otro por los planes del piloto, más ó menos comprometidos en su realización, más ó menos entusiasmados de sus efectos, cooperaron ambos á la presentación y al crédito de su protegido en la corte.